

Entre otros muchos cuentos llenos de fantasía y aventuras, los hermanos Grimm escribieron la historia de otros dos hermanos: Hansel y Gretel, un niño y una niña que se perdieron en el bosque y encontraron una maravillosa casita con las paredes de mazapán y el techo de chocolate...



Hermanos Grimm

Hansel y Gretel

Mi primera biblioteca 2

ePub r1.0

Titivillus 09.06.2019

Título original: Hansel y Gretel

Hermanos Grimm, 1985

Ilustraciones: Horacio Elena, Miguel Varela, Cristina Dartiguilongue, Silvia Badesich

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



HERMANOS GRIMM

Hansel y Gretel







En una cabaña cerca de un gran bosque, vivía hace mucho tiempo un humilde leñador con sus dos hijos, un niño y una niña. El niño se llamaba Hansel y la niña Gretel, y el leñador era tan pobre que a duras penas conseguía lo suficiente para darles de comer.





Un día, Hansel y Gretel fueron con su padre al bosque por leña y, sin darse cuenta, se alejaron de él más y más hasta que, al anochecer, acabaron perdiéndose.

Anduvieron durante horas, intentando encontrar a su padre o, al menos, salir del bosque, pero cuanto más andaban, más se alejaban de su casa.

Muertos de hambre y muy asustados, estuvieron vagando toda la noche por el oscuro bosque, pensando que nunca más volverían a su casa, hasta que al fin, rendidos de cansancio, se acurrucaron debajo de un árbol y se quedaron dormidos.





Por la mañana reanudaron la marcha, pero cada vez se adentraban más en el bosque, y tenían tanta hambre que casi no podían caminar.

Al mediodía vieron un hermoso pájaro, blanco como la nieve, posado sobre una rama. Su canto era tan melodioso que los niños se detuvieron a escucharlo, y cuando terminó de cantar abrió las alas y echó a volar.

Sin saber muy bien por qué, Hansel y Gretel siguieron al pájaro blanco, que volaba a poca altura y muy despacio, como si les guiara a algún lugar.





Siguieron durante horas al pájaro,
que finalmente se posó sobre una
hermosa casita; hacia ella fueron los
niños, felices de encontrar un lugar



donde seguramente podrían darles
algo de comer e indicarles la forma
de salir cuanto antes de aquel
siniestro bosque.





Cuál no sería su asombro al acercarse a la casita y ver que sus paredes estaban hechas de mazapán; el tejado era de chocolate, y los cristales de las ventanas, de caramelo transparente.

—¡Qué gran banquete vamos a darnos, Gretel! —exclamó Hansel—. ¡Ahora mismo voy a comerme un trozo de tejado!

Corrieron hacia la apetitosa casita. Hansel se subió al tejado y empezó a comer una teja.

Gretel se acercó a una ventana y lamió el vidrio. Viendo que estaba dulce, arrancó un trozo y se puso a chuparlo golosamente.





De pronto, se abrió la puerta de la casita y salió una vieja que caminaba apoyándose en un bastón.

Los niños se asustaron tanto que dejaron caer lo que estaban comiendo, pero la anciana los tranquilizó diciéndoles:

—No tengáis miedo, queridos niños. ¿Cómo habéis llegado hasta aquí?

—Nos hemos perdido en el bosque —contestó Gretel.

—Y tenemos mucha hambre —añadió Hansel.

—Entonces pasad —dijo la vieja—. Pasad y comed cuanto queráis.





Dicho esto, la anciana los hizo entrar en la casa. Luego les preparó una gran comida, con pasteles y leche, manzanas y nueces.



Pero la vieja era en realidad una malvada bruja, que había construido la casita para atraer a los niños y devorarlos.





Al anochecer, la bruja preparó una cama para los niños, que, como estaban muy cansados, se acostaron felices, pensando que habían tenido mucha suerte al encontrar a aquella anciana tan bondadosa, y se quedaron dormidos al instante.

Pero por la mañana, la bruja sacó de la cama bruscamente a Hansel y lo encerró en una jaula. Luego le dijo a Gretel:

—Prepara comida para tu hermano, que está muy delgado y tiene que engordar. Cuando esté gordo, lo guisaré al horno y me lo comeré... ¡Ja, ja, ja!





Cada día, Gretel tenía que preparar una gran comida para Hansel, que iba engordando poco a poco.

—Saca un dedo para que vea si has engordado —le decía la bruja al niño. Pero Hansel sacaba un hueso de pollo, y la bruja, que veía muy mal, creía que el hueso era el dedo del niño y que éste aún estaba delgado.

Al cabo de cuatro semanas, la bruja se cansó de esperar y le dijo a Gretel:

—Ya estoy harta. Enciende el horno que me voy a comer a Hansel, esté como esté.





—No sé encenderlo; tendrás que enseñarme —contestó Gretel.

—¡Pequeña inútil! —gritó la bruja—. Mira cómo se hace.



La vieja abrió la puerta del horno y metió medio cuerpo dentro para encenderlo. Entonces Gretel la empujó y la encerró en el horno.





La bruja gritaba y golpeaba la puerta del horno, pero era de hierro y no había forma de abrirla desde dentro.

Gretel corrió a soltar a su hermano. Los niños se abrazaron y saltaron de alegría, y como la bruja ya no podía hacerles ningún daño, se dedicaron a recorrer la casa.

¡Cuál no sería su sorpresa al encontrar varios cofres llenos de perlas y piedras preciosas! Se llenaron los bolsillos de joyas y salieron corriendo de la casita de chocolate, ansiosos por regresar con su padre.





No tardaron mucho en encontrar el camino de regreso a casa, donde su padre los recibió llorando de alegría. Y con las joyas de la bruja, vivieron felices para siempre.



